



Rueda de prensa de presentación de la Campaña “Nuestra indiferencia los condena al olvido”

Palabras de Clara Pardo, Presidenta de Manos Unidas

Buenos días a todos. Muchas gracias por acudir, una vez más, a esta rueda de prensa de presentación de la Campaña anual de Manos Unidas. Gracias a todos los que os habéis acercado a esta sala de la Asociación de la Prensa de Madrid y a quienes os habéis conectado online, por seguir demostrando vuestro firme compromiso con las personas más desfavorecidas del planeta, víctimas de esa desigualdad feroz que caracteriza a nuestro mundo de hoy, porque sin vuestro apoyo y empeño no sería posible abrir una ventana en los medios de comunicación a esas realidades semiescondidas, que a veces asoman, aunque no queramos verlas, y que padecen tantos miles de millones de personas en el mundo, como son el hambre y la pobreza.

Han pasado ya dos años desde la última vez que nos vimos aquí todos juntos para escuchar los testimonios del padre Alberto Franco y de la hermana Janeth Aguirre que, precisamente, nos hablaron de la amenaza creciente que suponía el maltrato que los seres humanos estamos infligiendo al planeta. Nada, entonces, nos hacía pensar que, dos años después, el coronavirus –del que comenzaba a hablarse entonces como una amenaza lejana que preocupaba en China– iba a seguir condicionando el día a día de toda la humanidad, llenando de incertidumbre nuestras vidas.

Y, hace un año, era también impensable que, gracias a que vivimos en este lado del mundo, la mayor parte de la población de los países más ricos iba a estar vacunada, ¡no una, sino tres veces!, para hacer frente a las peores consecuencias del virus. Sin embargo, era más previsible que, a pesar de ser esta la peor crisis global a la que se ha enfrentado la humanidad en muchísimos años, y de encontrarnos ante la mayor campaña de vacunación de la historia, la desigualdad entre países pobres y ricos, se iba a manifestar, también, con toda su crudeza, en el reparto de esas vacunas. Cuando preparaba estas líneas leía que, en España, el 81% de las personas tenían la pauta completa de vacunación y cerca del 50% había recibido la dosis de refuerzo. Y, mientras, en países como la República Democrática del Congo, tan solo un 0,4 por ciento de la población había recibido la primera dosis de la vacuna. Eso es desigualdad.

Porque la inequidad, que se ha acrecentado durante la pandemia, ha vuelto a ampliar la brecha entre los países pobres y ricos. Y, si no ponemos remedio, va a condenar a la pobreza a 500 millones de personas más –para que os hagáis una idea, estamos hablando del equivalente a toda la población la Unión Europea–, además de incrementar las ya de por sí vergonzantes cifras del hambre en el mundo. Combatir y denunciar las causas que perpetúan y acrecientan esas desigualdades es uno de los principales objetivos de Manos Unidas desde su fundación hace 63 años. Porque nuestro sobrenombre de Campaña contra el Hambre, no alude solo a una batalla para acabar con una de las mayores lacras que afectan a la humanidad y que condiciona la vida de 811 millones de personas, sino que alude al trabajo incesante para denunciar y combatir las estructuras injustas que perpetúan el hambre y la pobreza: la vulneración constante de los derechos fundamentales de millones de personas, la proliferación de las actividades extractivistas, el acaparamiento de tierras, la explotación laboral, la especulación con el precio de los alimentos y de las materias primas...



PRESIDENCIA

Recientemente, en Colombia, donde la pandemia ha incrementado la inseguridad alimentaria, fundamentalmente entre las poblaciones indígenas y campesinas, un grupo de jóvenes de la etnia wayúu, una de las más castigadas por esas estructuras que perpetúan el hambre a las que acabo de aludir, incapaces de permanecer indiferentes ante este drama, iniciaba una huelga de hambre para conseguir llamar la atención sobre una de las realidades olvidadas en su país: el hambre que, cada año lleva a la muerte a decenas de niños wayúu en el desierto de la Guajira. Uno de estos jóvenes, Luis Lobo, del movimiento *La Guajira Resiste*, explicaba lo que para él es el hambre: “Cada vez que una persona muere de hambre, especialmente si es un niño, nosotros regresamos a la barbarie. El hambre es una contradicción que nos lleva a preguntarnos si realmente somos un mundo humano”. Unas palabras cargadas de razón, que deberían servir para vencer cualquier clase de indiferencia y mover a una reflexión profunda sobre el mundo que estamos creando. Porque, permitir que una sola persona muera de hambre, es permitir que la desigualdad, la indiferencia, el olvido y el abandono ganen una partida que nunca debería llegar a estar sobre el tablero y supone un auténtico fracaso para la humanidad”.

El injusto reparto de las riquezas, que supone que tan solo el 1% por ciento de la población posea el 45% de la riqueza del mundo, mientras que casi 3000 millones de personas no poseen ninguna riqueza, es también desigualdad. Una desigualdad que, a día de hoy, es la mayor amenaza para la humanidad, para toda la humanidad. Y la indiferencia y la inacción, sus mejores aliadas.

Nuestra Campaña de este año, “Tu indiferencia los condena al olvido”, quiere mover conciencias adormecidas y anestesiadas. Sacar lo mejor todo ser humano lleva dentro para combatir lo que el papa Francisco llamó, en 'Evangelii Gaudium', su primera encíclica, “la globalización de la indiferencia”.

“Casi sin advertirlo –decía Francisco- nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de otros, ya no lloramos ante el drama de los demás, ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena, que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera”.

La muerte de miles de personas que ven su vida y sus sueños naufragar en su búsqueda de la paz y la estabilidad para ellos y sus familias, no es un espectáculo. Es un drama terrible que debería hacernos, si quiera, pensar en lo afortunados que somos por vivir en esta calle de la aldea global. La guerra en el Tigray etíope, silenciada por el propio gobierno de Etiopía, que amenaza la vida de millones de personas, ante la total indiferencia de la comunidad internacional, no es un espectáculo, es una tragedia. Como también lo son las guerras de Yemen, de Siria, de la RDC, de la República Centrafricana... Y las persecuciones y matanzas motivadas por conflictos que ponen como excusa la religión... Tragedias son también los asesinados de los defensores de los derechos humanos y de las minorías étnicas, que quedan impunes ante la indiferencia de la mayoría...

De todo ello, nos van a hablar nuestros invitados de hoy. Dos personas que viven a diario con las consecuencias que provoca esa desigualdad. Que conocen y ponen rostro al hambre, al miedo, a la injusticia, a la desesperación de la madre que no puede dar de comer a sus hijos, mientras los causantes de sus carencias la desprecian y marginan o a la desesperanza que mueven a los seres humanos a abandonar sus raíces y su vida en busca de un futuro se encuentran con que otros miedos, producidos por el desconocimiento y la falta de solidaridad, les cierran a cal y canto puertas y fronteras.



PRESIDENCIA

Antes de dejaros con ellos, permitidme que haga una breve referencia a nuestro trabajo del año 2021, cuando, gracias a la colaboración de nuestros 77.000 socios y colaboradores, de los organismos oficiales que nos acompañan y de empresas, parroquias, colegios, etc, Manos Unidas aprobó 474 nuevos proyectos, por importe de 31,5 millones de euros. En un año complicado, en el que la incertidumbre condicionó buena parte de nuestras acciones, nuestro trabajo llegó a los rincones más empobrecidos de América, Asia y África. Y nuestro mensaje de lucha contra el hambre, la pobreza y las causas estructurales que mantienen e incrementan estas lacras, pudo escucharse a lo largo de todo el territorio nacional.

Los proyectos de desarrollo de Manos Unidas, que tienen en el objetivo la defensa de los derechos humanos, han contribuido a mejorar la vida de 1,5 millones de personas. Entre ellas, los niños, niñas y adolescentes que, con las escuelas cerradas desde hace casi dos años, conforman ya una nueva generación perdida para la educación. Los migrantes, que han tenido que abandonar sus hogares en busca de una vida mejor, y los afectados por desastres naturales que, una y otra vez, deben retomar sus vidas desde cero.

No hemos olvidado a las víctimas de las guerras eternas y de los conflictos que amenazan con enquistarse mientras la comunidad internacional mira hacia otro lado. Y hemos seguido apoyando, cómo no, a las mujeres, pilares del desarrollo, generalmente marginadas y oprimidas. Y a los trabajadores precarios, que se desplazan a entornos hostiles en busca del sustento para sus familias. Nuestro trabajo ha tenido también presentes a las comunidades campesinas y a las poblaciones indígenas, despojadas de sus tierras y sus derechos... Y a miles y miles de personas que, en un mundo desigual, necesitan del apoyo externo para poder vivir.

Por eso, porque cada vez se hace más urgente acabar con el hambre y la pobreza, pedimos a la sociedad española un esfuerzo adicional. Sabemos que la crisis en España está siendo dura y somos conscientes de que, por el sentimiento de cercanía y vecindad, la reacción primera es ayudar al que se tiene más cerca, pero, como siempre resaltamos en Manos Unidas, lo que para nosotros puede ser una carencia o una crisis pasajera, para millones de personas es cuestión de vida o muerte.

En nombre de Manos Unidas y de aquéllos que sufren la injusta realidad del hambre y la pobreza, pido a quienes piensan que acabar con estas lacras no es algo que le corresponda, que se quiten la máscara que les anestesia y no den la espalda al drama que supone la supervivencia diaria para millones de personas más allá de nuestras fronteras.

Termino agradeciéndoo de nuevo vuestra atención y vuestro compromiso. Os dejo con Carlos Arriola, a quien vemos ya muy atento en pantalla y con el padre Àlvar Sánchez, que nos acompaña en esta mesa.

Carlos Arriola Monasterio es cirujano guatemalteco que lleva 31 años trabajando por los derechos de los pueblos indígenas en Guatemala, en concreto en una zona muy deprimida en el oriente del país. Es presidente de la Asociación Santiago Jocotán.

El padre Àlvar Sánchez es jesuita leridano destinado en Marruecos que trabaja en el Centro Baraka de Formación Profesional e Inserción Socio-laboral, y en la Delegación Diocesana de Migraciones (DDM) de Nador, acompañando diferentes intervenciones al servicio de la población más vulnerable.